



GRAN TEATRO DEL LICEO

BARCELONA

EMPRESA:

JOSÉ F. ARQUER

DIRECCIÓN ARTÍSTICA
NAPOLEONE ANNOVAZZI

TEMPORADA DE INVIERNO 1951-52

MARTES, 20 NOVIEMBRE DE 1951

NOCHE A LAS 10

FUNCIÓN EXTRAORDINARIA

FUERA DE ABONO

UNICO CONCIERTO DE DESPEDIDA EN ESPAÑA

DE LA

SOPRANO

KIRSTEN FLAGSTAD

MAESTRO DIRECTOR:

GEORGE SEBASTIAN

CON LA COLABORACION DE LA

ORQUESTA SINFONICA DEL GRAN TEATRO DEL LICEO

PROGRAMA

I

LOS MAESTROS CANTORES DE NUREMBERG.

Obertura	Wagner
LOHENGRIN. Sueño de Elsa	Wagner
por KIRSTEN FLAGSTAD	
LA WALKIRIA. Cabalgata	Wagner

II

TRISTAN E ISOLDA	Wagner
a) Preludio del acto I.	
b) Narración de Isolda.	
Por KIRSTEN FLAGSTAD.	
c) Preludio del acto III.	
d) Lamentación de Isolda.	
Por KIRSTEN FLAGSTAD.	
e) Muerte de Isolda.	
Por KIRSTEN FLAGSTAD.	

III

«SIEGFRIED IDYLL»	Wagner
EL OCASO DE LOS DIOS	Wagner
a) Muerte de Siegfried.	
b) Marcha fúnebre.	
c) Escenas de la inmolación y final.	
Por KIRSTEN FLAGSTAD.	

ORQUESTA SINFÓNICA DEL GRAN TEATRO DEL LICEO

Maestro Director:

GEORGE SEBASTIAN

LOS MAESTROS CANTORES DE NUREMBERG

OBERTURA

Se ha dicho que al himno de la noche, a la tragedia de la muerte por amor que es «Tristán e Isolda», Ricardo Wagner hizo seguir, en su obra creadora, el poema del día, el correspondiente a una liberación espiritual que constituyera el sentido opuesto de franca y espontánea alegría. Y esto significa «Los Maestros Cantores de Nuremberg», de cuya magnífica Obertura el mismo Wagner nos ha

legado un comentario, en calidad de prólogo al análisis de la obra, y que aquí transcribimos como el más apropiado de aquella.

«Los Maestros Cantores desfilan solemnemente ante el pueblo reunido en las calles de Nuremberg. Las *leges tabulaturae*, aquellas anticuadas reglas, sobre las que se basaba cierta forma poética cuya substancia hacía ya tiempo que había desaparecido, no obstante lo cual se las conserva con el máximo cuidado y esmero, son llevadas en procesión por las calles. Tras el estandarte de la imagen del rey David, que en él aparece tañendo el arpa, marcha un único personaje legitimamente popular: Hans Sachs. Son sus propias canciones las que el pueblo entona a su paso.

«Pero de entre la multitud se advierte también el suspirar del amor: es el suspiro exhalado por la encantadora hija de uno de los maestros cantores, cuya mano había sido ofrecida por su padre como premio para el que saliera vencedor en el próximo certamen de la cofradía. Bonita, lujosamente ataviada, tímida y medrosa, busca con los ojos al amado de su corazón, que, si bien poeta, no es, en cambio maestro cantor. A través de la compacta barrera formada por el pueblo reunido, el joven logra abrirse paso. Sus ojos y su voz murmuran al oído de la amada la vieja y eternamente renovada canción de amor y juventud.

«Los revoltosos aprendices de los maestros se entrometen en la conversación de los jóvenes, interrumpiendo con su infantil presunción el coloquio amoroso de los enamorados. Se origina la confusión y el tumulto. Entonces Hans Sachs, que, meditabundo, había escuchado el cántico amoroso, se mezcla de un salto con el populacho. Decidido a proteger a la joven pareja, toma al joven del brazo, ofreciéndole su propio lugar a la cabecera del cortejo de los maestros cantores, asignándole el sitio entre él, Hans Sachs, y Eva, la amada de su corazón.

«Ruidosamente el pueblo saluda su paso. La canción de amor resuena simultáneamente con las melodías de los maestros cantores. La poesía y pedantería se han reconciliado. El grito de *Heil Sachs!* ¡Viva Sachs!) resuena vigorosamente.»

LOHENGRIN

RELATO DEL SUEÑO DE ELSA

Siempre se han señalado, en el drama «Lohengrin», como fragmentos que exigen una mayor amplitud lírica y cantable, el de la escena de la cámara nupcial, el «racconto» y el relato del sueño de Elsa, el cual, como es sabido, pertenece al acto primero, cuando, requerida por el rey para que dé explicaciones de la acusación de Federico de Telramund, Elsa desarrolla aquel relato de forma lenta, a la que apoyan los instrumentos de madera y los suaves trémolos de los de cuerda, que poco a poco amplían su sonoridad a través de una gradación paulatina y tenue.

En sus horas de soledad — así comienza Elsa su narración — había elevado sus plegarias a Dios. De su oración despréndese un lamento que no tarda en intensificarse hasta cobrar proporciones sonoras inusitadas. (En un potente crescendo la voz humana se remonta hasta el *la bemol agudo*.) Al extinguirse ese lamento, Elsa había caído en un profundo y dulce sueño.

Mientras los nobles presentes comentan en voz baja la extrañeza que les causa las palabras de Elsa y el rey la interpela como si quisiera despertarla precisamente del sueño que describe, instigándola a defenderse ante el tribunal de los cargos que se le hacen, Elsa describe la imagen del caballero que se le había aparecido en sueños: describe, embelesada, cómo el extraño caballero había llegado hasta ella a través del aire y vistiendo una brillante armadura, para consolarla.

Las palabras de la joven emocionan profundamente a todos los presentes.

LA WALKYRIA

CABALGATA

El fragmento de esta ópera, en conciertos conocido por «La cabalgata de Las Walkyrias», es un tema que en aquella, más o menos completo, se inicia o se alude en varios trozos o pasajes de la misma. Pero donde tiene su cabida orquestal y escénica completa es en el acto tercero, el cual comienza con esta imponente descripción orquestal, por medio de la cual, y con atrevido realismo, describe la alegre carrera con que las Walkyrias, las vírgenes de la guerra, acuden al lugar donde habrán de reunirse, para luego llevar a Wotan los héroes recogidos en los campos de batalla y que ahora portan a la grupa de sus salvajes cabalgaduras; describiendo el fragmento la vertiginosa cabalgata a través de las nubes, con resonancias de instrumentos de viento alternando con los tempestuosos pasajes de la cuerda, acompañados por turbulentos dibujos musicales y vibrantes golpes de la batería.

TRISTAN E ISOLDA

a) PRELUDIO DEL ACTO PRIMERO

Ricardo Wagner, en una carta a Liszt, dice de «Tristán e Isolda» que es «una de las concepciones musicales de mayor simplicidad y de más pura sangre...» No cuadraría, quizás, mejor calificativo a este preludio del acto primero, introducción instrumental de la ópera, que ya ofrece los temas del amor y del deseo enlazados en una gradación ascendente y un retorno a las sombras crepusculares, motivos centrales de toda la ópera.

b) NARRACION DE ISOLDA

En alta mar, durante el viaje de Irlanda a Cornualles y en el buque que al cuidado de Tristán conduce a Isolda para unirse con su esposo el rey Marke, cuando Bragania oye de Kurwenal la ofensa que éste inflige a Isolda, aislándose las dos en el interior de la tienda-camarote de la cubierta, comienza esta «Narración», por medio de la cual Isolda expresa el secreto que tortura su corazón, contando la historia que se refiere a ella y a Tristán ocu-

rrida en tiempos pasados, en aquella época en que Morold, el entonces prometido de Isolda, había sido vencido y muerto por Tristán, y arribó a las costas de Irlanda un bajel en el que yacía un hombre moribundo. Tantris, el juglar, así dijo llamarse, venía en procura de alivio para sus heridas. A sus oídos habían llegado noticias que daban cuenta de la extraordinaria habilidad con que Isolda curaba a los enfermos.

Isolda no tardó en enterarse de que aquel desconocido que decía llamarse Tantris no era otro que el mismo Tristán. Recurriendo a sus múltiples conocimientos, Isolda curó la herida que ella sabía que únicamente había podido ser infligida por Morold. Sano y salvo, Tantris pudo regresar cierto día a su patria.

Isolda deja ahora que su ira tome un impulso cada vez mayor. ¡En qué forma tan ruin la había traicionado Tristán! ¡Había traicionado a la mujer que, con su silencio, le había salvado la vida, evitando que sus enemigos consumaran en su persona la venganza!

¡Acaso no le bastaba al héroe victorioso haber dado muerte a Morold? ¡Era preciso que ahora tramara este ofensivo viaje nupcial, denigrante y vergonzoso para Isolda, su salvadora? ¡Muerte a él! ¡Que su vida, a la par de la estéril vida de ella, se extinga cuanto antes!; y así hasta que finalmente su canto y la orquesta desembocan en el elemental grito de «Rache! Tod! Tod uns Beiden! («¡Venganza! ¡Muerte! ¡Muerte para nosotros dos!»)

c) PRELUDIO DEL ACTO TERCERO

El preludio al acto tercero, con su tristeza y melancolía, alude al Tristán moribundo, alternando en la orquesta los dos temas principales que desarrolla: ese melancólico y desesperanzado y el del deseo amoroso que alternan los violines con las flautas y violas.

d) LAMENTACION DE ISOLDA

Cuando presa de la más violenta y extrema exaltación, debatiéndose entre la vida y la muerte, Tristán pronuncia sus últimas palabras: «¡Se extingue la luz de la antorcha! ¡A ella! ¡A ella!», Isolda aparece en escena. Sus labios pronuncian el nombre de Tristán. Este, apenas dueño del último resto de sus fuerzas, se arroja a sus brazos, para, moribundo, deslizarse lentamente al suelo... Levantando la vista hacia Isolda, Tristán muere pronunciando con su último suspiro el nombre de Isolda.

Pero Isolda continúa hablando con el amado. ¿Es que no escucha su voz? La fidelidad que le profesa, aun en la muerte, le hace exclamar: «¡Isolda te llama! ¡Fiel, Isolda vino a morir junto a Tristán!» Los labios del amado permanecen mudos. ¿Es posible que la muerte les haya robado a ambos este último y breve instante de dicha terrenal? ¿Dónde está la herida que Isolda curará? Valerosa, había cruzado los mares a fin de unirse a Tristán en las hospitalarias sombras de la noche eterna... ¿Y ahora? ¿Ha llegado demasiado tarde? ¿Ni siquiera su lamento podrá ser oído ya por él? Muerta la mirada... mudo el corazón... desmayada, Isolda se desploma sobre el cuerpo de Tristán.

Los temas del lamento y de la fidelidad, y que son enfrentados con los temas de la muerte de amor y del éxtasis, predominan durante el desarrollo de este trágico monólogo de Isolda.

e) MUERTE DE ISOLDA

Luego de que el rey Marke consigue penetrar en el castillo de Kareol, y emocionado y perplejo contempla los cuerpos de Tristán, Kurwenal e Isolda, la que aparentemente también yace muerta, recostada sobre el cuerpo de su amado, muy suavemente resuena en los violines el tema de la muerte de amor. Isolda acaba de recobrar el conocimiento y, clavando su mirada en el cuerpo de Tristán, con expresión de creciente éxtasis, inicia su melodía: «¡Dulce y suave, cómo sonrío! ¡Cómo los ojos embelesados abre!...» ¿Es que los amigos no pueden verlo? Rodeado de estrellas se remonta a alturas infinitas... Hacia alturas cada vez más remotas, se remonta la melodía del goce supremo de la muerte de amor con la que se entrelazan las del éxtasis, del deseo amoroso, y la del abrazo amoroso. Envuelta en el vibrar de las arpas, flotando y deslizándose suavemente, remontándose — a través de continuas progresiones — hacia alturas inusitadas, esta melodía conduce al alma hacia aquellas regiones en las que no podrá penetrar rayo de luz alguno, para turbar el embelesado vértigo de amor... Conduciendo con ello a Isolda hacia el lugar al cual la había precedido Tristán:

«En caudaloso torrente, en vibrante sonido,
en el Todo susurrante del hálito universal,
¡Sumergirse, anegarse!
¡Inconsciente, excelso gozar!»

Como transfigurada, Isolda cae dulcemente sobre el cuerpo de Tristán, para unirse eternamente a su amado. Por última vez resuena la anhelosa llamada, poniendo punto final al fragmento y a la obra.

“SIEGFRIED IDYLL”

(EL IDILIO DE SIGFRIDO)

Este poema sinfónico, una de las poquísimas obras no teatrales de Ricardo Wagner, pertenecientes a la época de la madurez de su vida, fué realizado sobre la base del material temático del dúo final del tercer acto de la segunda jornada de la «Tetralogía», y que compuso el maestro en 1870, para conmemorar el 6 de junio de 1869, nacimiento de su hijo Sigfrido en Tribschen, «el día más feliz de mi vida», según expresión del autor.

La primera audición de este bellissimo poema se verificó el día 25 de diciembre de 1870 en su chalet de Tribschen, ofreciéndoselo, en calidad de serenata y como homenaje, a Cósima, ya entonces su esposa y en agradecimiento a la vez a la madre de su hijo, tantos años esperado, día aquel que era precisamente el onomástico de su adorada Cósima.

EL OCASO DE LOS DIOS

a) MUERTE DE SIEGFRIED

El héroe y el hombre, invencible e imbatido, sólo podía morir por la venganza de la mujer: Brunhilda había revelado a Hagen

el único sitio del cuerpo de Siegfried vulnerable a arma, y aprovechándose de ello, en el cuadro primero del acto tercero, Hagen clava la lanza en la espalda del héroe, en el lugar que le había sido señalado por Brunhilda, y luego de debatirse Siegfried, inútilmente, y caer sobre el escudo, se inicia la música de este fragmento.

En la orquesta resuena el tema de la pregunta al destino que ejecutan los trombones, acompañados por el del juramento de venganza que entonan los cornos. Conjuntamente con la aparición del tema de la pregunta al destino, Siegfried vuelve a incorporarse. Su brillante mirada divisa una vez más la imagen de Brunhilda. Acompañado por la música con la cual la Walkyria por él despertada a nueva vida había presentado su saludo al mundo, el héroe envía su adiós a aquélla: «¡Despierta! ¡Abre tus ojos!» Para siempre los ojos de Brunhilda brillarán ahora abiertos. Aun en el momento de expirar, el moribundo tiene la visión de que Brunhilda le envía su saludo... Por última vez Siegfried escucha la música de su amor, cuyo tema resuena circundado por las arpas y a través de las distintas sonoridades de los instrumentos que acompañan su canto de muerte, y cuando cae la noche, el héroe vuelve a caer y muere; los hombres que rodean el cuerpo de Siegfried levantan el cuerpo del héroe y ascienden con él a la rocosa colina; la luz de la luna ilumina el cortejo fúnebre; el tema del destino, un pianísimo de los trombones seguido por los sordos golpes del timbal y el tema del dolor, constituyen el final de este fragmento y a su vez transición que pasa a iniciar el siguiente, la

5) MARCHA FUNEBRE

que se escucha ahora en homenaje al héroe caído y cuyo lenguaje temático-sinfónico abarca toda la tragedia de Siegfried, iniciada con los temas de la muerte, pasa por el del heroísmo de los Walsungos, las melodías de Sieglinde, el del anhelo amoroso y otros que han sido encuadrados en el ritmo marcial y que preceden a los tres grandes temas de Siegfried: la fanfarria de la espada, el tema de aquél y el símbolo musical de su heroísmo; cada uno de éstos es seguido por el tema de la muerte de Siegfried despojado de su oscuro colorido, y que resuena con sonoridad que alcanza la máxima potencia, circundado del más exuberante brillo instrumental, convirtiendo esta marcha fúnebre en funeral solemne que precede al último cuadro de la gran Tetralogía.

Como dato curioso cabe consignar que con los acordes de esta marcha fúnebre fueron recibidos en Bayreuth los despojos mortales de Wagner, el 18 de febrero de 1883.

e) ESCENAS DE LA INMOLACION Y FINAL

Brunhilda, ante el héroe muerto, invoca a los dioses para que sean testigos de su dolor.

Ahora lo sabe todo; toda la sabiduría olvidada entre los brazos de Siegfried, sumida en su embriaguez de amor, acaba de recuperarla. Con el mensaje tan largamente esperado por Wotan, la Walkyria manda retornar al Walhalla a la pareja de pájaros. La maldición se disuelve con estas últimas palabras de despedida dirigidas por Brunhilda a Wotan, en las suavísimas y tenues sonoridades del tema del oro y las notas del Walhalla, los que son entonados por los cornos y las tubas, siendo cruzadas además por un último destello del tema de la desgracia de los dioses.

Vuelve a repetirse el movimiento rítmico y solemne de la orquesta: Brunhilda hace señas a los hombres para que lleven el cadáver de Siegfried y lo depositen sobre la pira ya preparada. Simultáneamente saca el anillo del dedo de Siegfried, su espantosa herencia maldita, cuyo oro ella devolverá ahora espontáneamente a su elemento original. Dará a las sabias hijas del Rhin, las fluviales hermanas de las verdes profundidades, que tan sabiamente supieron aconsejarla, lo que éstas le habían pedido: ¡Qué de las cenizas de la hoguera extraigan el anillo! ¡El fuego que habrá de consumir a Brunhilda, despojará al oro de la maldición que pesa sobre él! En el agua, el anillo podrá perder su forma actual para recobrar la primitiva, y ¡para que las hijas del Rhin puedan volver a custodiar el oro que otrora les había sido robado para desgracia de todos!

Brunhilda ha puesto el anillo en su dedo. Ahora se vuelve hacia la pira, sobre la cual descansa el cuerpo de Siegfried; arrebatada a uno de los hombres más próximos a ella una antorcha luminosísima. Mientras en la orquesta surgen los centelleantes diseños de los temas de Loge, Brunhilda alza la antorcha. Ordena a los cuervos de Wotan, que acaban de levantar vuelo al borde del río, que regresen al Walhalla para informar a su dueño de todo lo que acaban de ver y oír aquí a orillas del Rhin. Que en su camino pasen por la roca de Brunhilda, mandando a Loge, el dios cuyo elemento continúa ardiendo en derredor a la misma, que también él retorne al Walhalla. Simultáneamente, con la pira, Brunhilda prende también fuego a la morada de los dioses.

Brunhilda acaba de tirar la antorcha sobre la leña amontonada. Mientras los cuervos se alejan, las llamas chisporrotean alrededor del cadáver de Siegfried. Dos hombres traen a Grane, el caballo de guerra de Brunhilda, que ésta había entregado a Siegfried como retribución al anillo maligno que le regalaron al héroe. Una vez más la hija de Wotan se siente impulsada por la valentía y audacia de Walkyria al encontrarse frente a su viejo compañero en tantas batallas, se le acerca, le quita el freno y le habla como a un viejo camarada: ¡Brunhilda conducirá al caballo hacia las llamas entre las que yace Siegfried! Hoy, en lugar de lanzarse a las nubes como lo habían hecho tantas veces, Brunhilda y Grane se sumergirán dichosos en el mar de fuego. Pero hoy no desafiarán a la muerte en las batallas, sino que se entregarán voluntariamente a ella, realizando de esta suerte la acción redentora que habrá de liberar al dios y al mundo de la maldición del ansia de poder y de la avidez de posesión.

El tema del amor liberador acompaña las últimas palabras de amor que Brunhilda dedica ahora a Siegfried, graduándose a través de continuas progresiones hasta un éxtasis ilimitado: El fuego que consume a Siegfried arde y brilla también en el pecho de Brunhilda. La impulsa a abrazar a su héroe, su amante, su esposo divino, y a unirse a él a través del amor más grande y poderoso. «¡Siegfried! ¡Ves! ¡Dichosa te saluda tu esposa!»